

CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL

CARTA ABIERTA

Señores doctores don José de la Vega, don Antonio Otero Herrera, don Juan N. Corpas, don Angel María Sáenz, don Roberto Cortázar, y bachilleres don Manuel J. Ramírez Beltrán, don Arturo Brigard, don Luis Serrano Blanco y don José Antonio Montalvo

Muy queridos amigos:

He visto con suma satisfacción las firmas de ustedes en la petición que muchos jóvenes han dirigido al Ilustrísimo señor Arzobispo, para pedirle autorización de dirigirse a los señores Arzobispos y Obispos colombianos, con el fin de solicitar la reunión de un Congreso Eucarístico nacional, y me he impuesto de que el pensamiento de los jóvenes, residentes en Bogotá y oriundos de varios departamentos de la República, ha sido autorizado por el Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia.

Aparecen los nombres de ustedes al lado de los de discípulos de los padres jesuitas, de otros profesores religiosos, de maestros laicos sinceramente católicos. Los institutores cristianos, con métodos diversos, nos encaminamos todos a un solo fin: formar creyentes a carta cabal en lo especulativo y lo práctico, y buenos hijos de la patria colombiana.

Bien está que figuren entre los iniciadores del Congreso Eucarístico los que siguen las doctrinas filosóficas de Santo Tomás de Aquino, el autor del oficio del Santísimo Sacramento; el que se llama angélico por la pureza de la vida y la alteza de la mente, y eucarístico, por sus enseñanzas, sus escritos, sus himnos en defensa y honor de Jesús Sacramentado, y es representado por la iconografía cristiana con un sol en el pecho y una custodia en la mano. Correspondía tomar parte en el proyecto a los hijos de fray Cristóbal de Torres, el arzobispo que decretó la co-

munió de los indígenas, estableció por vez primera en nuestra patria la fiesta y procesión del *Corpus Christi*, y escribió extenso y sapientísimo tratado, titulado *Lengua eucarística*, sobre el sacramento y sacrificio del altar.

Y deben sentirse honrados al ver sus nombres al lado de las firmas de jóvenes distinguidísimos discípulos de los jesuitas, de la compañía egregia que fue baluarte de la Eucaristía contra las negaciones protestantes, azote del jansenismo, propagadora siempre de la frecuente comunión. Cuando vinieron ustedes al Colegio del Rosario traían arraigada muy hondo la fe que les habían infundido sus piadosos padres; aquí oyeron que Fray Cristóbal de Torres llama en las constituciones a la Eucaristía "pan de vida y entendimiento"; que recomienda a los colegiales la comunión frecuente "como vida de sus almas y entendimiento de sus estudios"; y aprendieron por experiencia lo que ya sabían por la fe. Y ahora, al cabo de años que varios de ustedes han pasado fuera del *alma mater*, conservan su amor a Jesucristo Sacramentado, y se entusiasman con la idea de tributarle solemne, nacional homenaje. ¡Dios los bendiga y los premie como El sabe hacerlo!

Me consta que si ustedes y sus compañeros hubieran mostrado su petición a los alumnos del Rosario, antiguos y actuales, habría ido suscrita por centenares de firmas, como irá en breve la solicitud a la asamblea episcopal.

La reunión de un congreso eucarístico nacional es para regocijar a todo el que sea católico y patriota.

Es la sagrada Eucaristía el compendio de nuestra fe, el motivo más firme de nuestra esperanza, incentivo de la caridad, centro del culto, fortaleza en las debilidades, consolación en los pesares, templanza en los sucesos prósperos, resignación en los adversos.

Jesús Sacramentado es nuestro amigo, el único que ni se muere ni se ausenta; que no muda jamás, nos recibe siempre, tolera nuestras debilidades, perdona las faltas que

contra EL se cometen. La Eucaristía es verdadero sacrificio, renovación constante de la inmolación divina del Calvario; es alimento de nuestras almas en la comunión, es anticipación de la felicidad del cielo.

El mayor anhelo del patriota es la unidad de la nación; sobre todo la unidad de voluntades. Quimera es soñar con que todos los ciudadanos piensen unánimes en asuntos políticos; pero por dicha, la inmensa mayoría del pueblo colombiano es católica. Mas aun entre los fieles suele haber discrepancias, cuando no ha hablado la autoridad de la Iglesia, sobre los medios de defender la fe. El Congreso Eucarístico es más para la voluntad que para la inteligencia, antes para el corazón que para la cabeza. A Jesús Sacramentado se le ama con ternura semejante a la de un hijo para con su madre; y al llegar del bullicio del mundo a una iglesia donde está Nuestro Amo patente, se experimenta impresión parecida a la del retorno al hogar después de larga ausencia.

Cuando Colombia entera, representada por millares de sus hijos, se postre al pie de la custodia; cuando mezclados y confundidos ricos y pobres, sabios e ignorantes, justos y pecadores contritos, broten de todos los pechos un acto unánime de fe, un común suspiro de amor, un grito inmenso de súplica, alborearán mejores días para la amada patria, que ha estado muchas veces a punto de perecer, no por falta de lógica, como dijo alguno, sino por falta de amor al prójimo como a nosotros mismos.

Quedo de ustedes estimador y amigo afectísimo,

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, 11 de noviembre de 1912.

